

LOS POPULARES EN ESPAÑA. LA ERRÁTICA TRAYECTORIA DE UNA OPCIÓN CONSERVADORA

YOLANDA MEYENBERG LEYCEGUI

EN LA PRIMAVERA DE 1996 SUCEDERÁ EN ESPAÑA el séptimo proceso de elecciones generales desde la transición. De los siete procesos, los de 1977 y 1982 son los que han marcado tendencias electorales y estilos diferentes de expresión de la democracia, posiblemente el próximo fijará un tercer giro en la historia democrática del país.

El de 1977 fue un año de reforma política en el que las elecciones generales fueron el acto fundador de la democracia. A partir de ellas se restituyó a los españoles la capacidad legal para expresar sus preferencias políticas y se les garantizó una vía institucional para elegir a sus representantes.

Pese a que los rasgos distintivos del proceso fueron la fragmentación de la oferta partidista, la polarización ideológica y el recelo respecto a las consecuencias finales del novel experimento democrático, su trascendencia radica en el sello conciliatorio que permitió el paso a la etapa del consenso.

Las elecciones de 1982 fueron importantes por varias razones. Una de ellas fue el desmantelamiento del liderazgo de las fuerzas políticas de tradición, tanto del centro como de la izquierda. La derrota electoral de la Unión de Centro Democrático, representante de un muy matizado continuismo y partido del entonces presidente Adolfo Suárez, y la crisis del Partido Comunista Español, símbolo de una izquierda por demás ortodoxa y referente obligado de la lucha contra la dictadura, permitieron la incursión de otras opciones en la arena política.

La segunda razón, y quizá la principal, de la importancia de esos comicios fue el triunfo del PSOE con un techo electoral histórico que le otorgó el incremento de 16% del voto respecto a las elecciones de

1979, una cómoda mayoría parlamentaria y la posibilidad de instalarse hogadamente en el poder por casi 14 años.¹

La tercera razón que distingue al proceso fue lo que Montero llamó el “subtriunfo de la derecha”, al convertirse Alianza Popular en la segunda fuerza electoral en España.² De entonces a la fecha, pese a los cambios de liderazgo y de membrete, la derecha ha consolidado su lugar dentro del espectro político español: más aún, ha conseguido apoyos significativos en las representaciones autonómicas, municipales y del Parlamento Europeo.

La expectativa para los comicios de 1996 es de un nuevo giro en las preferencias del electorado español que, según las encuestas, favorecerá de manera amplia al Partido Popular. Existen coincidencias y diferencias en las razones que en su momento llevaron a los españoles a optar por el Partido Socialista.

En 1982, la reciente amenaza de golpe de estado militar, el desencanto ante la crisis económica y la falta de cohesión interna del gobierno de la UCD hicieron aparecer al PSOE como una perspectiva de cambio firme y seguro. En 1996 España se encuentra inmersa en un nuevo proceso de desencanto político producido fundamentalmente por la decadencia de la élite en el poder y por el rezago económico; no obstante, la esperanza despertada por los socialistas hace 16 años se ha convertido en una profunda apatía y el voto de las próximas elecciones generales se verá afectado por una sensación de recelo ante la capacidad de la opción conservadora para mejorar la situación del país.

En el nivel de los liderazgos, el margen de comparación resulta poco feliz; pese al desprestigio de su partido, Felipe González sigue apareciendo ante la opinión pública española como una figura fuerte, formada en el ejercicio del poder y apta para manejar situaciones difíciles. En contraste, la imagen de José María Aznar es la de un dirigente con poca iniciativa, carente de carisma y sujetado por su permanente actitud reactiva a las decisiones de la cabeza del gobierno.³

¹ El voto de UCD descendió de 35 a 6% y sus asientos en el Parlamento de 168 a 11, mientras que el PCE perdió 80% de su representación parlamentaria, y una división interna provocó la renuncia de Santiago Carrillo a la dirigencia del partido. El partido de oposición que más ganó en ese proceso electoral fue AP, que aumentó 19% su votación y pasó de nueve a 107 asientos en las Cortes. *Spain After Franco. The Making of a Competitive Party System*, University of California Press, 1988, p. 401.

² En las elecciones de 1982, AP consiguió convertirse en el segundo partido, al multiplicar por cuatro su porcentaje de votos y por 12 su representación parlamentaria.

³ La afirmación se sustenta en los resultados del “Barómetro de Invierno”, publicada por *El País* el 14 de enero de 1996 y basados en la pregunta: “Entre el actual presi-

Dado este panorama cabría hacerse dos preguntas: ¿cuál ha sido la trayectoria histórica de la derecha en el contexto democrático español? y ¿qué beneficio obtendrían los españoles al optar por la alternativa conservadora para formar un nuevo gobierno?

LA DERECHA ESPAÑOLA EN LA ETAPA DE LA TRANSICIÓN

En el diseño del tránsito de la dictadura a la democracia en España el modelo que se adoptó fue, en sus principios, el de una democracia liberal, y en sus procedimientos, el de una poliarquía. Bajo estas condiciones, la inserción de la derecha en una dinámica de competencia entre partidos no fue un cometido fácil; es pertinente recordar que, a diferencia de las opciones de izquierda que ingresaron al proceso transicional provistas de un importante sustento histórico, la derecha no se ubicó en la misma circunstancia, ya que ningún partido conservador constituido después de 1976, a excepción del Partido Nacionalista Vasco, puede reconocer un precedente directo en la época de la Segunda República.

En el periodo de la democratización, las fuerzas conservadoras se vieron forzadas a adoptar una fisonomía partidista alejada por completo de su tradición ideológica. Al ser la fuerza triunfante de la Guerra Civil de 1936, la derecha en España organizó su proyecto hegemónico a partir de una idea de nación y no de partido, es por esto por lo que su historia suele coincidir con la historia general del país, en especial la de los 40 años de dictadura. Otra de las causas de la falta de historicidad partidista de la derecha ha radicado en el hecho de que su dominación se representó por medio de instituciones estamentales conservadoras: el ejército y la Iglesia, que se ampliarían con la dictadura al Movimiento.

dente del Gobierno, Felipe González, y el líder de la oposición y candidato del PP a la presidencia, José María Aznar, ¿cuál de los dos le parece a usted que...?"

	<i>González</i>	<i>Aznar</i>
Tiene mejor equipo	37	32
Tiene más prestigio internacional	77	10
Tiene más autoridad	54	21
Sabe mejor lo que quiere hacer	34	32
Es más decidido	43	30
Es el presidente que le conviene a España	31	29

En los inicios de la transición, la inexperiencia de la derecha en el ámbito partidista le resultó perjudicial en términos electorales. Además de que la derecha representaba el temor del retorno al antiguo régimen, no era una opción atractiva para el electorado por las siguientes razones:

1. Su postura anticapitalista. La derecha tradicional solía tener, hasta la transformación de Alianza Popular en el Partido Popular, una postura poco comprometida con los representantes del capital.

2. La ideología del hispanismo tradicional en la que se concebía el país como una nación y se desconocía la idea de la particularidad de las regiones.

3. La existencia de una burguesía regional, asentada en el País Vasco y Cataluña, organizada políticamente a partir de sus propios partidos.

4. El comportamiento neutral de la Iglesia desde el comienzo de la transición. En comparación con la función de la Iglesia en la articulación de fuerzas conservadoras en la República Federal de Alemania y en Italia en la etapa de democratización de la posguerra, distancias históricas guardadas, la abstención de la Iglesia española en el nuevo proceso político tuvo una influencia decisiva en la organización e integración de la tendencia conservadora.⁴

5. El desprestigio de las derechas a raíz de su colaboración con el régimen de Franco. En la cultura política de los españoles de los años setenta, los valores democráticos ocupaban un lugar prioritario; los partidos políticos identificados con la ideología de la dictadura y con el régimen de Franco fueron vistos con recelo.⁵ Además, el proceso de desmantelamiento de las instituciones franquistas afectó a las fuerzas políticas identificadas con ellas, que a pesar de sus procesos de renovación no pudieron encontrar un discurso propio sino hasta finales de la década de los ochenta.⁶

⁴ Al dejar a los cristianos en libertad de votar en las elecciones de 1977, sin excluir opción política alguna, la Iglesia condenaba a la insignificancia electoral a los partidos democristianos y, además, aniquilaba la posibilidad de nuclear una fuerza política conservadora en torno a la confesionalidad.

⁵ La circunstancia de que hubiera derechas comprometidas con la reforma de las instituciones franquistas y derechas opuestas a estas reformas —sin que fuera fácil distinguir entre unas y otras— generó la desconfianza del electorado hacia las propuestas conservadoras. Véase Paul Preston, *The Triumph of Democracy in Spain*, Londres, Methuen, 1986; Carr y Fusi, *Spain: From Dictatorship to Democracy*, Allen and Unwin, 1987; De Esteban y López Guerra, *Los partidos políticos en la España actual*, Planeta, 1982.

⁶ La larga duración de la dictadura; su contenido hiperconservador, cuando no reaccionario; la visibilidad de las élites políticas conservadoras, y su protagonismo en el

6. El hecho de que durante la transición un importante sector de la clase dominante asociada con el antiguo régimen haya creado sus mecanismos de agregación y representación fuera de los partidos. Ello le dio la capacidad de dialogar y negociar su participación en la toma de decisiones con los diversos partidos en el poder.⁷

Los grupos de derecha que lograron adaptarse a la fisonomía partidista que exigía el proceso de transición fueron la coalición de la Unión de Centro Democrático, formada por reformistas, liberales, demócratas cristianos y socialdemócratas, esta unión, un tanto artificial, no pudo mantener la unidad precisa para gobernar ni para responder parlamentariamente por el gobierno.

El otro grupo que sobrevivió a la dictadura fue el de los aperturistas,⁸ encabezados por Manuel Fraga, que se constituyeron en el Partido Alianza Popular, cuyos principios se centraban en la defensa de la autoridad y del liderazgo tradicional y en la centralización del Estado.

En 1977, Fraga pretendió construir un gran partido liberal-conservador que ocupara por medio de sus distintas organizaciones el espacio ideológico de centro-derecha; sin embargo, la imagen que AP proyectó fue la de un partido situado entre la derecha y la extrema

bando vencedor de la Guerra Civil, propiciaron que se identificara al franquismo con las derechas, al conservadurismo con el autoritarismo.

Numerosos estudios han comprobado esa identificación desde diferentes ángulos, que no podía por menos que hipotecar la capacidad de maniobra de las fuerzas consideradas, por sí mismas o por las demás de derechistas o conservadoras en la nueva etapa democrática. Todavía en 1984, los significados atribuidos al término *derecha* privaban en las posiciones particularistas de clase o las facetas ideológicas poco democráticas. Cerca de la mitad de los entrevistados con opinión al respecto identificaban a la izquierda con la "defensa de los intereses de clase", y a la derecha con la "defensa de los privilegios de la clase alta"; una cuarta parte definía la izquierda en términos de "progresismo", "libertad" e "idealismo no práctico", mientras que cerca de la mitad caracterizaba la derecha con los de "autoritarismo", "conservadurismo", "orden" y "religiosidad". Véase la "Encuesta de valores" del Centro de Investigaciones Sociológicas de 1984.

⁷ Uno de los problemas de la derecha fue dar organicidad a los partidos ante el hecho de que ni la derecha social ni los poderes fácticos se mostraban conformes con los partidos que los representaban. Esto se debía en gran medida a la existencia de diferentes orientaciones políticas y económicas en la derecha social, que discutían incluso las opciones dentro de sus centros de poder más conocidos, y a la excesiva independencia de UCD con respecto a estos grupos, por el hecho de haberse constituido a partir de la gran autonomía estatal del régimen franquista. Enrique Gomáriz, "El PSOE ante la crisis de la Derecha", *Leviatán*, p. 14.

⁸ Véase el capítulo I.

derecha, en continuidad con los postulados ideológicos de la dictadura y, en consecuencia, de dudosa legitimidad democrática.

En un esfuerzo para modificar su imagen, AP-CD se autodefinió, en 1979, como una coalición de centro-derecha, con un programa político inequívocamente conservador, pero democrático, y con un programa económico de corte neoliberal. Su estrategia radicó en competir con UCD por los espacios centrales del espectro ideológico, a partir de la moderación de su oferta programática.

El III Congreso Nacional, celebrado en diciembre de 1979, fue decisivo en la historia del partido, ya que significó el comienzo de un intenso proceso de cambios. En primer lugar, AP se dotó de una estructura fuertemente presidencialista que consagró el liderazgo de Fraga. En segundo lugar, se evitaron tanto las etiquetas ideológicas relacionadas con el centro-derecha, a las que se culpaba de su último fracaso electoral, como las derivadas de la derecha, cuya vinculación con el pasado dictatorial le otorgaba una carga negativa. AP se redefinió como un partido liberal-conservador, reformista, popular y democrático. Con ello se pretendía construir una nueva derecha capaz de combinar su conservadurismo con las ofertas interclasistas de un partido *catch all*.

Los cambios tuvieron como modelo al Partido Conservador de Gran Bretaña, por lo que respecta a la articulación de identidad nacional y libertad económica.

El intento de adoptar una línea neoliberal se centró en la defensa de los valores de un gobierno limitado, el individualismo y la autodeterminación en el mercado y en la empresa, además de ubicar el papel del Estado fundamentalmente en la preservación de la ley y el orden y en su colaboración para la estabilidad de la economía.⁹

En la lógica del modelo británico, la tendencia conservadora representada por Alianza Popular tendería a constituirse en una fuerza en competencia por la definición de un espacio natural de la derecha, una vez eliminado el artificio centrista representado por UCD. Fraga siempre

⁹ El esfuerzo de los conservadores por mantenerse legítimos se orientaba en general a buscar las coordenadas de identidad de la derecha en contextos económicos en crisis. Al respecto las derechas proponían políticas económicas de carácter liberal con un discurso conservador occidental: menos Estado, más barato, reducción del gasto público, racionalización de la administración pública, privatización, flexibilización del mercado de trabajo. Dada la coincidencia de sus postulados con los de las demás fuerzas políticas, era lógico pensar que si las derechas no obtenían mayores porcentajes de votos era porque los electores preferían encomendar esta misma tarea a otras fuerzas políticas con probada experiencia en la toma de decisión.

concibió la democracia a partir de un sistema parlamentario bipartidista, en el que las organizaciones políticas nacionales de izquierda y de derecha competirían por el poder de forma estable y duradera.

Dos diferencias determinarían la propuesta conservadora española. La primera, marcada por la imposibilidad de construir su proyecto con base en la crítica al paternalismo del antiguo régimen y por la persistencia de rasgos de cultura política subordinada.¹⁰ La segunda se expresó en la permanencia de perfiles habituales del discurso ideológico de la derecha, como la unidad de la patria y el centralismo, la supremacía de la civilización cristiana y la defensa de las grandes instituciones y valores sociales tradicionales como la familia, la Iglesia o el ejército.¹¹

ALIANZA POPULAR, DEL SUBTRIUNFO A LA SUBDERROTA, 1982-1986

La descomposición de la UCD, después de su derrota electoral en 1982, fortaleció la opción liderada por Fraga, una de las principales cabezas del franquismo y mucho mejor recibida por la derecha nostálgica.

Alianza Popular, en coalición con el Partido Democrático Popular, tuvo un considerable avance electoral entre 1979 y 1982. En 1979 obtuvieron aproximadamente un millón de votos, cantidad que se quintuplicó en 1982 con el equivalente a 25.9% del total de la votación. El incremento del número de parlamentarios conservadores fue aún mayor: de nueve diputados y tres senadores que tenía en 1979 pasó a 107 diputados y 54 senadores en 1982. Mientras que los resultados electorales de 1979 dieron a la Coalición Democrática una condición extraparlamentaria en 45 circunscripciones, en 1982 la coalición AP-PDP obtuvo al menos un escaño en todas ellas.¹²

¹⁰ En una entrevista concedida hacia el final de su primera administración, Thatcher explicó cómo el gobierno ofrecía un cambio completo de una postura en la que el Estado se convertía en una institución dominante en las vidas de las personas, y que penetraba en casi todos sus aspectos, a otra en la que el Estado ejercía sus funciones sin desplazar la responsabilidad personal. Su propuesta era buscar un equilibrio entre la persona y el Estado. Después de su victoria electoral en 1983 afirmaba que "el gobierno debía ser recordado por su ruptura decisiva con un consenso debilitado por un gobierno paternalista y por un pueblo dependiente".

¹¹ Yolanda Meyenberg, "Democracia y sociedad civil en España", tesis doctoral, capítulo I, El Colegio de México.

¹² Antonio Bar Cendón, "¿Normalidad o excepcionalidad? Para una tipología del sistema de partidos español, 1977-1982", *Sistema*, núm. 65, España, 1985, p. 17. La composición del electorado de AP-PDP en 1982, tanto en el nivel nacional como en el de las principales comunidades autónomas, aparece mayoritariamente formada por los anti-

Pese a este progreso, la coalición conservadora no pudo impedir que se constituyera un parlamento con la mayoría absoluta para el PSOE en 1982, pero obtuvo el suficiente apoyo del electorado para consolidarse como la segunda fuerza electoral en las subsecuentes elecciones generales.

Entre 1982 y 1986, Alianza Popular experimentó una considerable transformación en su organización, identidad política y apoyo electoral. No obstante, existieron rasgos que permanecieron desde su fundación y que imprimieron una fisonomía particular al partido:

1) La extraordinaria importancia del liderazgo de su fundador, Manuel Fraga Iribarne, en el diseño estratégico y la definición ideológica del partido, hasta su dimisión en diciembre de 1986.

2) La persistente búsqueda de un espacio electoral e ideológico propio.

3) El intento de aumentar el atractivo del partido mediante una política de coaliciones electorales, en las que AP ha supuesto siempre el núcleo más importante a causa de sus propios recursos.¹³

Después de las elecciones de 1982 parecían cumplirse los deseos conservadores de eliminar del mapa partidista una fuerza del centro que imposibilitaba la formación de la "mayoría natural" de los españoles en torno a un único partido de derecha, e importar el modelo parlamentario anglosajón con base en dos grandes partidos.¹⁴

El VII Congreso Nacional de febrero de 1986 fue calificado por Fraga como "el Congreso de la madurez, de la consolidación, de la reorganización en profundidad, del relanzamiento para la tarea suprema que es nuestra razón de ser: el actuar como punto de encuentro para la mayoría natural de los españoles, para la formación de la gran alternativa a la utopía socialista".¹⁵ Desde el punto de vista ideológico se regresó a la tendencia inicial del partido como liberal-conservador y de inspiración humanista cristiano.¹⁶

guos votantes de UCD. El caso gallego constituiría la excepción a aquella tendencia, en virtud de la mayor presencia de AP desde 1979 y de su conversión en la primera fuerza política regional tras las elecciones autonómicas de 1981.

¹³ José Ramón Montero, "Los fracasos políticos y electorales de la derecha española: Alianza Popular, 1976-1986", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 39, 1987, pp. 9-10.

¹⁴ José Ramón Montero, "Elecciones y ciclos electorales en España", *Revista de Derecho Político*, núm. 25, 1987.

¹⁵ Manuel Fraga Iribarne, "El deber del éxito, la obligación de la victoria", en el VI Congreso Nacional de Alianza Popular.

¹⁶ Lourdes López Nieto, *Alianza Popular: estructura y evolución electoral de un partido conservador (1976-1982)*, Centro de Investigaciones Sociológicas, *Post scriptum*, 1988.

Los resultados de las elecciones legislativas de junio de 1986 certificaron el fracaso de las premisas estratégicas conservadoras: la articulación del electorado no socialista se haría nuevamente mediante la doble alternativa de centro por medio de ofertas como las del Centro Democrático y Social, el nuevo partido formado en torno a la figura de Adolfo Suárez y el Partido Reformista Democrático, en el nivel nacional; del Partido Nacionalista Vasco y Convergencia i Unio, en el regional; y de la Coalición Popular de derecha encabezada por AP. La incógnita era cuál alternativa saldría triunfante, y en qué términos electorales quedaría la división entre el centro y la derecha.¹⁷

Los resultados electorales de junio de 1986 significaron una nueva decepción para la derecha. Pese al incremento en el padrón de más de dos millones de electores, los 5.2 millones de votos obtenidos por la Coalición implicaban una pérdida de más de 300 mil votos respecto a los resultados de las elecciones generales de octubre de 1982.¹⁸

Montero calificó la situación de la derecha en 1986 a partir del concepto *stagflation*: la combinación del “estancamiento” electoral con la previa “inflación” de expectativas sobre su eventual triunfo, factor que generó sendos procesos de crisis internas en la Coalición y en la propia Alianza Popular. Aunque AP seguía siendo la segunda fuerza política de unas Cortes muy fragmentadas, el aumento de la distancia en escaños respecto al PSOE dificultaba sus tareas parlamentarias de oposición y redundaba negativamente en sus intentos por aparecer como una alternativa frente al gobierno socialista.¹⁹

La derrota electoral y la crisis interna de AP serán los motivos de la renuncia de Fraga a la dirección del partido en diciembre de 1986.

¹⁷ Los temas más importantes de la campaña se redujeron a otras dos incógnitas complementarias. De un lado, los intentos por evitar la repetición de una mayoría absoluta parlamentaria por parte del PSOE. De otro, el futuro que aguardaba a la propia Coalición Popular: si se cumplían sus habituales previsiones de lograr una mayoría natural, por los pactos poselectorales que tendría que realizar con partidos de centro para la formación de un gobierno no socialista, por la ruptura anunciada por alguno de los partidos menores coligados, y por el incierto futuro que aguardaba a quien hasta entonces aparecía como su máximo líder, Fraga Iribarne. José Ramón Montero, “Los fracasos políticos y...”, *op. cit.*, p. 20-21.

¹⁸ *Ibid.*, p. 21. En 1986 se da el fenómeno del paso de una crisis orgánica, donde la derecha social no está conforme con una representación política de centro-derecha, a una crisis de representación estructuralmente externa, donde la opción de derecha, que sí recoge la expresión de la derecha social, no consigue el apoyo de los electores para convertirse en gobierno. Enrique Gomáriz, “El PSOE ante la crisis de...”, *op. cit.*, p. 18.

¹⁹ *Ibid.*, p. 23.

En el Congreso extraordinario celebrado en febrero de 1987 resultó electo presidente Antonio Hernández Mancha, un joven senador populista sin más experiencia política que la de presidir el partido en Andalucía. Pese a la sustitución de Fraga como líder del partido, ni Hernández Mancha ni Aznar habían logrado el apoyo suficiente para consolidar el Partido Popular en el Parlamento.

Los resultados de las elecciones municipales y para el Parlamento Europeo de 1987 mostraron un descenso de casi 6% en el voto popular, y hasta antes del proceso electoral de 1993, los conservadores no pudieron capitalizar la disminución del apoyo electoral a los socialistas.²⁰

La debilidad del liderazgo en el partido era sólo el reflejo de la inhabilidad de los conservadores para consolidar una fisonomía acorde con el ritmo de los tiempos. La carga histórica del franquismo, factor que aún pesaba fuertemente en el ánimo del electorado, y el desfase entre el discurso y las demandas de una ciudadanía que se consolidaba en el ejercicio de la democracia, harían inaplazable una reforma de fondo.

EL PARTIDO POPULAR, LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA FISONOMÍA

A diferencia de la mayor parte de los partidos conservadores europeos que mostraron una fuerte recuperación intelectual, ideológica y política durante la década de los ochenta, Alianza Popular se mostró incapaz de superar su déficit de legitimidad democrática y de modernizar su oferta ideológica en una línea neoconservadora. No obstante, los cambios en el nombre del partido y en la dirigencia estaban enfocados a proyectar una imagen más dinámica, creativa y eficaz, y a difundir un mensaje de madurez, amplitud e intención de cambio, al inicio de los noventa.²¹

El programa presentado por el Partido Popular para las elecciones de 1989 le confería la fisonomía de un partido sumiso, cuyo proyecto se construía como reacción a la política del partido en el gobierno. A diferencia de la propuesta general de Alianza Popular para las elecciones de 1986, la plataforma del PP contenía compromisos concretos so-

²⁰ *Ibid.*, pp. 106-107.

²¹ Cabe recordar que Alianza Popular se constituye como partido en la fase tardía de la transición y que su discurso difícilmente puede asociarse con esa forma de régimen. No sería sino hasta la constitución del Partido Popular cuando la derecha se plantea su incorporación efectiva al sistema y a la conciencia democrática de España.

bre las principales críticas que la sociedad hacía al gobierno; en esto basaban su definición de democracia, a la vez que intentaban adoptar nuevamente una postura *catch all*.

Cabe recordar que el gobierno socialista arribó a las elecciones generales de 1989 con un cúmulo de problemas pendientes, como bajo índice de crecimiento económico, desempleo y desavenencia con los sindicatos, urgente necesidad de una reforma administrativa y deterioro de la simbología democrática. Es de observar que a siete años el programa del Partido Popular resultaba similar al que en 1982 presentaron los socialistas, centrado en los siguientes rubros: administración pública y control de gestión, aumento en los niveles de calidad de vida, crecimiento sostenido de la economía, avance de la democracia.

En el rubro de la administración, los conservadores proponían un manejo racional y una administración austera de las finanzas públicas; utilizar los contrapoderes y sistemas de control establecidos por la democracia para evitar el abuso del poder.²²

El peso de la propuesta popular para 1989 recayó en la crítica al deterioro de la calidad de vida y a los aspectos de la política socialista que lo provocaban: educación, seguridad y empleo.

En materia de educación, en el programa se planteaba la solución a dos problemas que incidían directamente en la economía: la vinculación con el mercado de trabajo y la calidad de la enseñanza superior.²³

La cobertura de los sistemas de seguridad en diversos ámbitos de la vida social española ocupó un importante espacio de la plataforma del partido: "Si la libertad es la capacidad de elegir, la seguridad es la atmósfera de toda libertad. El ejercicio de la primera queda limitado por la inexistencia de la segunda."²⁴

La crítica al deterioro de la seguridad ciudadana durante la gestión socialista se centró en estas cifras:

²² *El Proyecto Popular*, Partido Popular, Madrid, octubre de 1989, pp. 4-5.

²³ Ante el desempleo juvenil, que alcanza a 40% de los menores de 25 años, el Partido Popular pondrá en marcha un plan de choque con estos objetivos:

1) Para los alumnos que abandonaron la EGB o la formación profesional I, sin obtener titulación, programas que les permitan incorporarse al mundo del trabajo. Hasta los 18 años, todos los que estén capacitados para cursar estudios técnico-profesionales contarán con plaza gratuita garantizada.

2) Para los alumnos que tras su titulación lleven tres años sin obtener empleo, cursos de perfeccionamiento y especialización, con prácticas remuneradas en las empresas.

3) Para profesionales necesitados de reconversión o promoción, cursos de recalicación adecuados. *Ibid.*, pp. 4-5.

²⁴ *Ibid.*, p. 15.

En 1982 se denunciaron en España 869 277 delitos, en 1988 las denuncias ascendieron a 1 586 631. Los españoles notificaron a la policía 3.01 actos delictivos cada minuto. Sólo los delitos relativos al tráfico de drogas incrementaron la criminalidad de esta naturaleza en 406.36% de 1982 a 1988. Mejorar las condiciones de seguridad ciudadana significaba, dentro del esquema del PP, "el buen funcionamiento de los mecanismos de prevención, represión y reinserción de los delitos y delinquentes"²⁵

El desempleo ha sido uno de los factores que ha provocado mayor desprestigio al gobierno socialista.²⁶ Sobre este problema el Partido Popular proponía el retorno al esquema providencial en lo referente a mecanismos de asistencia. Y en concreto a los dos puntos de mayor debilidad para los socialistas: la promoción y el fomento al empleo,²⁷ y la creación de un programa de empleo juvenil:²⁸

²⁵ El terrorismo fue otro de los temas acerca de los cuales el Partido Popular se pronunció de manera emotiva, pero no alcanzó a concretar una propuesta de solución:

"El Partido Popular considera que la pervivencia del fenómeno terrorista, singularmente el de la Organización Independentista vasca de extrema-izquierda ETA, constituye uno de los más dramáticos problemas del presente político español, por el incesante saldo de víctimas inocentes que se cobra; por su capacidad perturbadora de la normal convivencia civil, especialmente en la comunidad vasca; por la introducción en la conciencia social —y de forma especial en las capas más jóvenes del pueblo vasco— de antivalores de culto a la violencia, exaltación del fanatismo, desprecio por el valor de la vida humana, incompatibles con la ética de la razón que es fundamento del orden democrático.

"El Partido Popular ratifica, sin embargo, su convicción de que la actividad terrorista etarra carece de entidad objetiva, no ya para alcanzar sus objetivos [*sic*], sino incluso para influir de forma significativa en el curso de la vida pública vasca, a condición de que el conjunto de las fuerzas políticas democráticas con implantación en el País Vasco mantengan su propósito de sostener un acuerdo básico de rechazo del terrorismo." *Ibid.*, pp. 15 y 17.

²⁶ De acuerdo con las cifras del PP, España se situaba a la cabeza de la CEE en cuanto al paro. En el segundo trimestre de 1989, más de 17% de la población activa se encontraba sin empleo, con el agravante de que más de 59% de los parados llevaban más de un año en tal situación, y 43% eran menores de 25 años.

²⁷ "La situación actual del mercado de trabajo requiere la promoción y el fomento del empleo más que la subvención del paro. Para ello, liberalizaremos las actuales rigideces estructurales, suprimiremos las trabas al empleo, buscaremos en el diálogo social el equilibrio de intereses de quienes buscan trabajo y de quienes ya lo tienen". *Ibid.*, p. 29-30.

²⁸ Cabe recordar que el punto de conflicto que llevó a la huelga del 14 de diciembre de 1988 fue precisamente el programa de empleo juvenil propuesto por el Partido Socialista Obrero Español. Véase el capítulo III.

El problema del desempleo tiene una doble vertiente claramente diferenciada: económica y de protección social. La responsabilidad del desempleo es, ante todo, de tipo económico, y exige para su solución la instrumentación de una política que favorezca un crecimiento intenso pero estable de la producción y exige, también, crear el marco institucional adecuado para el establecimiento de nuevas empresas, la asunción de riesgos por los particulares y la flexibilidad del mercado laboral. Sólo con una política tenaz y a largo plazo de crecimiento con estabilidad, de desregulación normativa y de adaptación de la oferta a la demanda de trabajo, puede resolverse el problema del desempleo en España en el horizonte que inspira nuestro programa que es el de los años noventa.²⁹

Por lo que respecta a la propuesta económica, el PP, al igual que el PSOE, se definió en torno a la relación con Europa y a la reducción del aparato y las funciones del Estado con base en el modelo neoliberal.

Su punto de partida fue una evaluación de la situación económica, en vísperas de una integración a la Comunidad Europea en 1992, bajo condiciones no preferenciales.³⁰ Se consideró, además, la eventual subordinación de la economía española a la comunitaria y la necesidad de crecer por encima de la media comunitaria sin disparar la inflación y el déficit exterior.

Para lograr estos objetivos, el Partido Popular fundamentaba su estrategia en la iniciativa privada como motor de la prosperidad.³¹ Dentro de esta lógica, la reducción del papel de las administraciones públicas era indispensable para posibilitar un marco de condiciones ob-

²⁹ *Ibid.*, p. 29.

³⁰ "El aumento de los precios, a tasas muy superiores a las previsiones gubernamentales (la inflación subyacente está en el mismo nivel que en 1986), como el rápido deterioro de la balanza por cuenta corriente (la previsión para 1989 es de un déficit de 11 000 millones de dólares, 3.1% del PIB) exigen una alternativa económica que evite poner en peligro el crecimiento preservando la inversión real y la creación de empleo." *Ibid.*, p. 57.

³¹ "El Partido Popular cree en la libre iniciativa de la sociedad como única garantía de eficacia y progreso. En nuestro país no se dan las condiciones adecuadas para el nacimiento de nuevas empresas y el desarrollo de las existentes, sobre todo de las pequeñas y medianas, que son el sustrato básico de nuestro tejido productivo y las que generan el mayor número de puestos de trabajo. Trabas de tipo administrativo, rigidez de las relaciones laborales, dificultades de financiación, cultura empresarial insuficiente, elevados costes fiscales directos e indirectos y, en fin, la excesiva proliferación de normas reguladoras, constituyen barreras a la iniciativa privada que hay que remover." *Ibid.*, pp. 58-59.

jetivas que ayudaran a desarrollar las cualidades potenciales de la economía.³²

La disciplina presupuestaria en un contexto de reducción de impuestos y limitación del gasto público;³³ un amplio programa de desregulación, y la aplicación de una política de privatizaciones,³⁴ son los rasgos que determinan la propuesta neoliberal dentro del programa.

En contraste con lo antes expuesto, que indicaría una tendencia hacia el individualismo en la economía, el Partido Popular sostuvo la conveniencia de recuperar el patrón de negociaciones presentado por la UCD en los Pactos de la Moncloa:

La concertación social es uno de los pilares sobre los que se ha basado la recuperación económica y la creación de empleo... El incumplimiento por el gobierno socialista de buena parte de los compromisos contraídos con las organizaciones sindicales y empresariales le ha restado credibilidad a éste, lo que unido a otros factores ha hecho imposible la política de concertación social en los tres últimos años.

Creemos que la principal tarea de un gobierno en este terreno es la creación de un marco de condiciones favorables para que las organizacio-

³² La alternativa económica del Partido Popular pasa por la limitación del tamaño y del ámbito de actuación del sector público, para devolver a la sociedad el bienestar y la libertad que un sector público en permanente expansión le sustrae. En la actualidad las administraciones públicas gastan más de 40% del valor de la producción obtenida en este país y recaudan en forma de impuestos y cotizaciones más de 33%, niveles que se han alcanzado en pocos años, con un ritmo de expansión del gasto público y de la presión fiscal muy superior al de los países más desarrollados. *Ibid.*, pp. 57 y 59.

³³ Un Estado que se precie de moderno y democrático está obligado, por una parte, a administrar bien y, por otra, a ser completamente transparente en su gestión, lo que conduce inexcusablemente a la limitación efectiva y al riguroso control del gasto público. La propuesta en concreto era la siguiente:

1) Reducción del gasto público, sobre todo en lo que respecta a los gastos corrientes. Desaparecen seis ministerios.

2) Rigurosa limitación del sistema de adjudicación directa con objeto de reducir el coste de las compras corrientes.

3) Drástica reducción de los gastos reservados y de los gastos de representación.

4) Rigurosa disminución del personal libremente contratado y de los gastos discrecionales. *Ibid.*, p. 61.

³⁴ Debido a que la empresa pública combina una baja eficacia y un abultado déficit de explotación, el Proyecto Popular centra su estrategia de futuro en dos ideas centrales:

Primera, la privatización de todas aquellas empresas que no entrañen una evidente razón de utilidad pública.

Segunda, la modificación del estilo de gestión, introduciendo en las empresas públicas los criterios y los modos de actuación de las privadas. *Ibid.*, p. 62.

nes representativas de trabajadores y empresarios, en uso de su libre iniciativa, puedan negociar y llegar a acuerdos, sin que ello signifique rehuir las responsabilidades gubernamentales en aquellas materias que hicieran necesaria su presencia en el proceso de concertación.³⁵

En rescate de las ideas de Fraga, el PP consideró al Parlamento como la principal institución para el desarrollo de la democracia:

Desde que los socialistas accedieron al gobierno en 1982, el Parlamento español no ha hecho sino declinar, hasta el punto de poder afirmarse con rigor que en la actualidad se encuentra sumido en una crisis de inoperancia. La responsabilidad de esta situación no cabe achacarla a la casualidad ni a deficiencias de la labor de la oposición. Muy al contrario, obedece directa y clarísimamente al mal uso que el PSOE ha hecho de las dos mayorías absolutas de las que hasta ahora ha disfrutado.

Esta pérdida de prestigio, de protagonismo y, en definitiva, de vitalidad del Parlamento español resulta especialmente relevante en una democracia parlamentaria como la nuestra. De ahí que uno de los grandes objetivos del Proyecto Popular sea precisamente el de potenciar el sistema democrático español y, más concretamente y dentro de él, el de vigorizar al Parlamento, facilitando al máximo su labor legislativa, quitando los obstáculos que hoy impiden el ejercicio de su misión de control del Ejecutivo y procurando dotarle del imprescindible arraigo y calor popular.³⁶

El problema de las comunidades autónómicas fue considerado como un factor determinante para el fortalecimiento de la democracia; las propuestas planteadas por el partido fueron: la garantía de la autonomía financiera; la descentralización en el seno de las comunidades autónomas, al promover una política de delegación de competencias de las mismas a favor de las diputaciones provinciales y de éstas a favor de los ayuntamientos, y la reforma del Senado para convertirlo en una Cámara de representación territorial.³⁷

Tal y como lo consideraron los socialistas al llegar al poder, los conservadores pensaban que lo que hacía falta a España era una buena administración y una mayor presencia de la sociedad civil en la toma de decisiones.³⁸

³⁵ *Ibid.*, p. 63.

³⁶ *Ibid.*, p. 66.

³⁷ *Ibid.*, pp. 69-70.

³⁸ El Proyecto Popular planteaba el diseño de una administración pública al servicio de los siguientes principios:

En el plano ideológico, la refundación del partido se sustentó en una mezcla de los elementos discursivos de la nueva derecha europea y los rasgos característicos del conservadurismo español:

El Partido Popular está llamado a ocupar en España el mismo espacio de los grandes partidos europeos que dan prioridad a la idea de libertad personal, frente a las viejas fórmulas intervencionistas, estatistas y colectivistas fracasadas bajo los diferentes disfraces del socialismo... Debe orientar un mensaje de moderación, manteniendo los valores tradicionales de la sociedad y la cultura españolas menospreciadas por el socialismo, pero haciéndolos compatibles con una política social avanzada y con la amplitud del liberalismo capaz de ofrecer el más amplio marco de progreso a la iniciativa individual y de un humanismo cristiano que garantice la primacía del bien común y de la dignidad humana.³⁹

El 31 de marzo de 1990 se celebró el X Congreso Nacional del Partido Popular, en el que se eligió como presidente honorario a Manuel Fraga y como presidente a José María Aznar. Durante la clausura se anunció la formulación de un decálogo para orientar la actividad política del partido, que se daría a conocer en mayo de ese año. Uno de los elementos originales de la propuesta era que abandonaba la idea del espacio natural de la derecha y reconocía la necesidad de interpelear al electorado centrista.⁴⁰ En el decálogo se manifestaba lo siguiente:

1) Fortalecimiento de la sociedad civil, a la que la administración no debe tratar como menor de edad.

2) Devolución a la sociedad de cuantas tareas pueda realizar adecuadamente, de modo que la administración pública se limite a realizar, y bien, los cometidos que sólo pueden ser llevados a cabo por ella.

3) Confianza en la libertad, en la capacidad y en la responsabilidad de los ciudadanos, coadyuvando desde la administración a su ordenación, garantía y estímulo con vistas al bien común. *Ibid.*, p. 71.

³⁹ Estas ideas fueron confirmadas un año después por el presidente del partido: "Me siento a gusto en una tradición ideológica que pasando por movimientos conservadores asume el liberalismo y se impregna sin reticencias de la tradición humanista europea. Por ello, el admitir la realidad frente a los voluntarismos racionalistas es para mí instintivo; por ello el amor y respeto por lo pequeño —que es hermoso y posible, suscribo con Schumacher—, por lo local, por lo tradicional, por el legado de la historia, es en mí connatural; por ello la confianza en las capacidades del hombre para progresar, para mejorar, para ir a más, son artículo de fe para mí." José María Aznar, "El compromiso con la Constitución. Creatividad frente a arcaísmo", *Veintiuno*, primavera de 1991, pp. 8-10.

⁴⁰ En el documento sobre la refundación se establecía: ¿Cuál es la fórmula del Partido Popular? Aquella que debe ocupar el espacio político del centro y la derecha sin

1. España, nación plural, que se entiende variada y es objetivo común entenderla y desarrollarla. Desarrollo del título VIII de la Constitución para diseñar un proyecto autonómico que compatibilice la defensa de cada una de las comunidades y avance en el diseño de las competencias de las comunidades integradas en las instituciones del Estado.

2. Recuperación de la ilusión colectiva y de la confianza de los españoles. Frente a la apatía y resignación, creemos en la vitalidad de este pueblo. Resurgir de la capacidad de iniciativa de los españoles. Devolver el protagonismo a los ciudadanos antes que a la sociedad.

3. Recuperar el crédito de las instituciones que integran el estado de derecho. Hay que recuperar el equilibrio institucional. En el Parlamento como Cámara política, en la Justicia recuperando su neutralidad e independencia. Recuperación de la credibilidad institucional.

4. Un Estado eficaz. Hacer funcionar el conjunto del aparato de los servicios públicos. No se puede obligar a los ciudadanos españoles a pagar más impuestos que nunca sin garantizar un Estado que funcione. Función del Estado eficaz como instrumento de mediatización.

5. Un compromiso con la construcción europea. Participar activamente en la construcción europea en su nueva realidad, en la ola de libertad de Europa, en esa construcción política, económica y cultural, defendiendo los grandes intereses de España y participando en el proyecto de una Europa popular, liberal y de centro derecha, de libertad contra el intervencionismo y de profundo desarrollo de la libertad.

6. Un nuevo estilo político y de gobierno basado en el diálogo, la moderación y la tolerancia. Disposición permanente al pacto social, al compromiso social, fundado en principios éticos y de solidaridad. Luchar por recuperar los valores sociales. Respeto a la conciencia de cada uno. Respeto a la crítica.

7. Un compromiso de moderación definitiva de nuestro país después del gran fracaso del PSOE, que ha perdido su oportunidad de hacer el cambio histórico, tecnológico, político y social. Protagonismo de la sociedad, que no puede hacer el Estado, adaptarla a las nuevas realidades. Ofrecemos cambio, movilidad, competencia y justicia, más innovación y menos control.

otras divisiones que aquellas que sea imprescindible aceptar por el arraigo evidente de su singularidad. Partido Popular, Secretaría General Adjunta de Coordinación, p. 6.

Probablemente la evaluación que llevó al PP a presentarse como un partido de centro fueron las encuestas previas a las elecciones generales de 1989, elaboradas por el Centro de Investigaciones Sociológicas, en las que los españoles se autoposicionaban así: 16% en el centro-izquierda, 12% en el centro, y 7% en el centro-derecha; es decir, que el espacio amplio alcanza 35%; si a eso se añade 36% del no sabe/no contesta, del que buena parte está en el centro, se ve con claridad lo que ese espacio supone.

8. Una política de crecimiento compatible con la conservación del medio ambiente. Tiene que ser compatible con el legado cultural del pasado y con las exigencias de la naturaleza.

9. Una sociedad solidaria. Una sociedad moderna que cree vínculos entre todos y que no se desintegre entre jóvenes y mayores, entre los que tienen más y los que tienen menos; con pensiones dignas, con primer empleo para la juventud. Solidaria entre todos los grupos de nuestro país. Nos comprometemos en la búsqueda de una sociedad más equilibrada y más justa.

10. Una sociedad libre que no necesite ser tutelada. El Estado debe estar siempre al servicio de los ciudadanos y de la sociedad. No hay que tener nunca miedo a la libertad.⁴¹

El manifiesto de 1990 no cristalizó en ninguna propuesta distintiva en 1993, como es reiterado en la historia política de la derecha en España; el discurso que ha colocado a los partidos conservadores europeos en el poder le resulta poco eficiente al PP. Al respecto, Ludolfo Paramio opina que: "El Partido Popular ha descubierto que la buena nueva del liberalismo tiene poco público en España... y que la privatización y el desmantelamiento de los servicios públicos no atraen al electorado. De hecho, le ha sido de mucho mayor utilidad en este terreno la deslegitimación de la política socialista como neoliberal."⁴²

En la imagen que el electorado tiene del partido, éste carece de un programa original y propio; esta imagen ha variado sólo en las buenas intenciones que se le atribuyen, pese a que en las encuestas previas a las elecciones del 3 de marzo de 1996 el PP aventaja en siete puntos al PSOE en la intención de voto. De acuerdo con las cifras del "Barómetro" de *El País*, los españoles opinan que el PP estaría más capacitado que el PSOE para resolver los siguientes problemas: creación de puestos de trabajo (33%), control del gasto público (41%), erradicación del terrorismo (40%), lucha contra la corrupción (42%), inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo (34%) y mejorar la seguridad ciudadana (43%). En contraste, piensan que el PSOE estaría más capacitado para lograr la plena integración en Europa (46%), para organizar las autonomías (33%) y lograr la convivencia en paz (28%), además de tener mejores especialistas en los temas de gobierno (36%), mayor capacidad para aplicar sus propuestas (34%) y propuestas más cercanas a lo que la gente piensa (38%).⁴³

⁴¹ Partido Popular, "Puntos del Decálogo", Madrid, mayo de 1990.

⁴² "Paisaje después de unas primarias", *Leviatán*, núm. 60, verano de 1995.

⁴³ "Barómetro de Invierno", *El País*, 14 de enero de 1996.

LAS EXPECTATIVAS PARA 1996

Al comenzar este ensayo se plantearon dos preguntas, una en relación con la trayectoria histórica de la derecha y la otra respecto a los beneficios de los españoles en caso de optar en 1996 por la alternativa conservadora para formar un nuevo gobierno. Especular sobre este segundo punto implica hacer una breve revisión del perfil del electorado y de las expectativas de la ciudadanía sobre el PP.

Salvo en ocasiones excepcionales, el electorado español ha mantenido una postura moderada, en la que se ha evitado la alternancia. En las cuatro gestiones socialistas, la actitud de crítica hacia el gobierno se ha observado en la disminución del apoyo electoral que hizo perder al PSOE la mayoría absoluta en las Cortes, a partir de las elecciones generales de 1989. Pese a que el grado de acuerdo respecto al gobierno ha ido decreciendo de manera considerable, el voto de castigo sólo se ha emitido en procesos que no afectan la estabilidad nacional. Tal es el caso de algunos resultados regionales, y el de las elecciones para el Parlamento Europeo, del 12 de junio de 1994, en las que por primera vez el PSOE perdió frente al PP.

Montero establece una distinción para explicar los procesos electorales en España. Así, se refiere a los comicios de 1977 y 1982 como elecciones excepcionales, por ocurrir, las primeras, bajo las circunstancias de la transición, y las segundas, bajo la amenaza de golpe de estado. En contraposición, las elecciones de 1979 y 1989 se consideran normales o rutinarias. Siguiendo esta clasificación, el proceso de 1993 podría considerarse como semiexcepcional por suceder en un contexto de severo cuestionamiento a la legitimidad del gobierno, sin que esto significara un nuevo vuelco en el comportamiento del electorado.⁴⁴

Contra los pronósticos de algunos analistas y las expectativas del Partido Popular, en la sexta convocatoria a elecciones generales el Partido Socialista Obrero Español obtuvo el porcentaje más alto de preferencia ciudadana, con 38.7% de los votos y 159 de los 350 escaños, aunque ello le representó un descenso de 16 asientos respecto a 1989. El Partido Popular lograba un importante avance, con 34.8% y 141 escaños, 34 asientos más que hace cuatro años.⁴⁵ Izquierda Unida se situaba en

⁴⁴ José Ramón Montero, "Elecciones y ciclos electorales en España", *Revista de Derecho Político*, núm. 25, 1987.

⁴⁵ Cabe recordar que el voto para el Partido Popular y sus antecedentes: Alianza Popular y Coalición Popular, permaneció entre 26 y 27% hasta las elecciones generales de 1993, en las que se observó un aumento porcentual de 8.97 respecto a 1989.

tercer lugar, muy por debajo de los socialistas y conservadores, con 9.55% de los votos y 18 escaños, uno más que en 1989. En el Senado el PSOE mantuvo a 96 de los 208 legisladores y el PP logró colocar a noventa y tres.⁴⁶

En las elecciones generales de 1993 se comenzó a observar una recuperación de la derecha, reflejada en un incremento de voto, que pasó de 25.9 en 1989 a 34.81% en ese año.⁴⁷ Esta tendencia significó una seria posibilidad de alternancia en 1994, durante el proceso de elección de representantes ante el Parlamento Europeo, en el que AP obtuvo una votación mayoritaria por primera vez en la historia de la democracia, al conquistar 28 sitios en el Parlamento contra 22 del PSOE.⁴⁸

En 1993 se pusieron de manifiesto dos rasgos contradictorios en el perfil del electorado español que, articulados, resultan poco favorables al PP. Es quizá en este proceso en el que se plantea a los españoles, por primera vez desde la transición, la disyuntiva de optar por "una de las dos Españas". Pese al esfuerzo del Partido Popular por reorientar su imagen hacia el centro, fue difícil deslindar la identidad de Aznar con la derecha y evaluarla, fuera de su configuración actual, en asociación con el miedo de la Guerra Civil, el desprestigio del franquismo, la catástrofe económica posterior a la gestión de los miembros del Opus Dei y el terco conservadurismo de Fraga.⁴⁹

Alejarse de esta apariencia, que en un sentido colaboraría a su acercamiento a un electorado más amplio, le resultaría perjudicial para mantener el apoyo de una clientela identificada con los valores tradicionales de la derecha española. La autoubicación ideológica de los votantes de Alianza Popular y de sus coaliciones, entre 1979 y 1986, era mayoritariamente hacia la derecha, con 45% en 1979, 61% en 1982 y 48% en 1986.⁵⁰ Existen, además, otros datos que permiten suponer que hay en la ciudadanía una identificación concreta con la derecha construida históricamente, de la que es difícil que el PP se desprenda. Por ejemplo, en 1987, 42% de los españoles pensaban que el centro y

⁴⁶ Los catalanes de CIU obtuvieron 17 escaños, el PNV mantuvo cinco bancas y en su primera aparición la Coalición Canaria logró cuatro diputados. Se confirmó la desaparición del CDS, de Adolfo Suárez, que perdió sus 14 asientos, y la derrota de Herri Batasuna, que perdió dos de sus cuatro escaños. *La Jornada*, 8 de junio de 1993.

⁴⁷ Lancaster, *op. cit.*, p. 185.

⁴⁸ *La Jornada*, 13 de junio de 1994.

⁴⁹ Antonio Elorza, "El elector ante el mito", *El País*, 10 de junio de 1993.

⁵⁰ José Ramón Montero, "Los fracasos...", *op. cit.*, p. 34.

la derecha eran cosas muy distintas, y 36% que en España tenía que haber un gran partido conservador frente al PSOE.⁵¹

La opinión pública española también ha cambiado. En 1988, 38% de la población pensaba que los socialistas habían sabido afrontar con valentía y autoridad los problemas fundamentales de la sociedad española, aun a riesgo de tener que tomar medidas impopulares, y 55% sostenían una postura tolerante al consentir que no se podía pedir a los socialistas que transformaran en pocos años la situación de España.⁵² En 1994, después de las elecciones al Parlamento Europeo, 81% de los españoles afirma que el éxito del PP en dichas elecciones se debió a fallas del PSOE, y 45% manifiestan que ha terminado la era del PSOE y que se está entrando en la era del PP.⁵³

En vísperas del séptimo ejercicio de elecciones generales, la situación política en España es inusitada y no es aventurado afirmar que para 1996 las ponderaciones que llevarán al electorado a optar por la alternativa popular serán poco ortodoxas.

Hasta ahora, el voto en España depende menos de los programas y las tendencias de los partidos que de la promesa de estabilidad. Mantener una situación política que elimine la incertidumbre, se ha impuesto al disgusto provocado por la misma; en ese sentido, el voto se fue convirtiendo en cómoda evaluación gubernamental de un partido con una prolongada permanencia en el poder. Otra de las razones que llevaron al PSOE al poder en 1982 fue la confianza del electorado en su capacidad protagónica para emprender el cambio y la creencia en la habilidad de González para ejercer el liderazgo en el país.

Hoy, enfrentados a un desencanto político mayor que el de 1981, el voto de los españoles no se asentará ni en una expectativa de estabilidad, ni en la confianza en el potencial de cambio de partido, mucho menos en la seguridad de que Aznar ejercerá un liderazgo certero. Tal vez la apuesta fuerte en este proceso esté en el rescate de la institucionalidad de la democracia y el apego a derecho del ejercicio gubernamental.

⁵¹ *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 39, "Datos de opinión", julio-septiembre de 1987, pp. 303-304.

⁵² "Datos de opinión", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 42, abril-junio de 1988.

⁵³ "Demoscopia", *El País*, 3 de julio de 1994.